

BARTHES

INCIDENTES



ROLAND BARTHES

INCIDENTES

la marca
editora

NOTA DE ENVÍO

La colección biblioteca de los confines pretende lo nuevo y lo viejo del tiempo de las ideas. Un tiempo inmemorial de raíz mítico poética que nunca dejó de anudar relatos para convertirse en historia de las interpretaciones, en historia de lo real. Libros de pensadores, de ensayistas, de teóricos. A la vieja ciudad letrada no dejan de arribar, o cada tanto vuelven a encenderse, obras. Ese indomable sello de autoría de quienes conjeturan cambiar con letras las más pequeñas o las más grandes circunstancias.

Escrituras que imaginan entender al hombre y las cosas. Podría aventurarse: obras que hacen el mundo. Pero extraña historia por cierto la de las escrituras. Construyen las escenas de lo que pasó, de lo que pasa, y sin embargo nunca pueden contra la realidad inmediata, contra lo que urge. Como pensó hace algunos años Sartre, «no existe libro alguno que haya impedido a un niño morir». La biblioteca de los confines va en busca entonces de algo de eso: literaturas que hacen el mundo, y al mismo tiempo no pueden casi nada. Desde esa conciencia extrema de lo ilusorio, por lo tanto desde la pura verdad, ofrece libros.



la marca
editora

biblioteca de los confines

ROLAND BARTHES

INCIDENTES

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR GOLDSTEIN

la marca
editora



la marca
editora

SOBRE ESTE LIBRO

Traducción de *Incidents*, París, Editions du Seuil, 1987, por Victor Goldstein.

Este es el décimo sexto título de la colección biblioteca de los confines.

La presente edición fue corregida por Renata Cerelli, y compuesta por Hugo Pérez sobre una maqueta de Vanesa Indij.

Se utilizaron tipografías **Slimbach** para el texto, **Orator** para los títulos, **Lucida** para biblioteca de los confines y **Stone** para la marca.

Esta publicación es responsabilidad de **la marca editora**, cuya oficina esta situada en Pasaje Rivarola 115, (1015), de la ciudad de Buenos Aires; teléfono (54-11) 4 383-6262 y el fax es (54-11) 4 383-5152, el correo electrónico, lme@lamarcaeditora.com y la página Web, <http://www.lamarcaeditora.com>

Tanto el interior como las tapas fueron impresos en Altuna Impresores S.R.L., Doblas 1986, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina, en el mes de septiembre de 2016.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Todos los derechos quedan reservados.

ISBN 978-950-889-282-9

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Barthes, Roland
Incidentes / Roland Barthes. - 1a ed.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : la marca editora, 2016.
96 p. ; 20 x 14 cm. - (Biblioteca de los confines / Nicolás Casullo,)

Traducción de: Víctor Goldstein.
ISBN 978-950-889-282-9

1. Filosofía. 2. Ensayo Filosófico. 3. Crónicas. I. Goldstein, Víctor,
trad. II. Título.
CDD 190

ÍNDICE

7 Nota del editor

11 **La luz del Sudoeste**

19 **Incidentes**

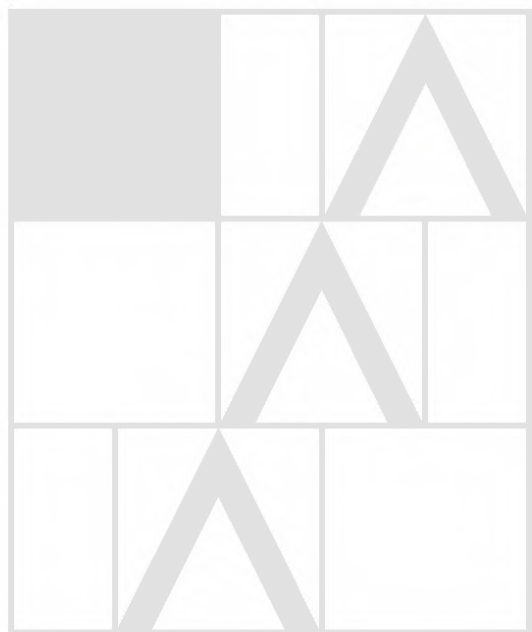
50 **En el Palace esta noche...**

57 **Veladas en París**

93 **Obras del autor**



la marca
editora



la marca
editora

NOTA DEL EDITOR

Lo que legitima la asociación de los siguientes textos es el esfuerzo hecho por la escritura para captar lo inmediato. En consecuencia, no son ni la búsqueda teórica ni el interrogante crítico (‘¿Qué es? ¿Qué quiere decir?’) los que están aquí en obra. No porque Roland Barthes haya jamás creído, bien se sabe, en la posibilidad de una inocencia metodológica, teórica o ideológica. Pero aquí, por un instante, y cambiando de método, propone al lector ‘identificarse’ –para retomar los términos de *Longtemps je me suis couché de bonne heure**– con el autor (él mismo); y, muy precisamente, con su “deseo de escribir”. “Me pongo en la posición de aquel que hace algo, y no ya de aquel que habla sobre algo: no estudio un producto, me hago cargo de una producción; derogo el discurso sobre el discurso; el mundo ya no viene a mí en la forma de un objeto, sino en la de una escritura, es decir, de una práctica; paso a otro tipo de saber (el del Aficionado)...”**.

Dos escritos inéditos requieren algunas palabras de presentación.

*Incidentes es la notación, el compendio, de cosas vistas y oídas en Marruecos, en lo esencial en Tánger y Rabat, y luego en el Sur, en 1968 y 1969. El texto estaba listo para la impresión y Roland Barthes pensaba publicarlo en Tel Quel. Se trata de una suerte de juego, cuyo objeto no es en absoluto Marruecos en sí sino lo ‘novelesco’ –una categoría muy del gusto de Roland Barthes–***, tal como cierta vida en Marruecos*

* *Le bruissement de la langue*, p. 313. (Véanse al final del libro las versiones en castellano del autor).

** *Ibíd.*, p. 325.

*** Por ejemplo, *ibíd.*, p. 370.

permitía poner a prueba su definición. Por lo tanto, aquí no se encontrará nada (y es un malentendido que hay que descartar enseguida) de una interpretación: de lo que pudo ser la reflexión de Roland Barthes sobre Marruecos, su pueblo, su cultura o sus problemas sociales, sino la puesta en escritura de encuentros –de incidentes– que hubiesen podido componer el tejido de una novela, exceptuando todos los caracteres o personalidades constituidas: briznas de novela sin soportes personales; exceptuando también todo tejido continuo del relato, que le impondrían inevitablemente un ‘mensaje’: lo ‘novelesco’, por esencia, es fragmento. Observación que también vale como una guía para la lectura, que Roland Barthes desearía aquí discontinua, móvil como el placer del momento. Se lo ve con claridad cuando el Roland Barthes por Roland Barthes hace por dos veces alusión a este texto; bajo el título “Proyectos de libros”: “Incidentes (minitextos, misivas, haikus, observaciones, juegos de sentido, todo cuanto cae, como una hoja)**”; y bajo el título “¿Qué significa?”: “Se puede concebir un libro inverso, que referiría mil incidentes, prohibiéndose extraer jamás una línea de sentido; sería muy exactamente un libro de haikus***. Comprobaremos que aquí, de hecho, el género es constantemente especificado por una atención particular a la sorpresa, a la ruptura de la coherencia, a lo incongruente. El incidente figura: lo que cae al sesgo sobre los códigos.*

Veladas de París fue escrito a lo largo de unos veinte días, entre el 24 de agosto y el 17 de septiembre de 1979, inmediatamente después de que fue remitido a Tel Quel el texto –Délibération– donde Roland Barthes se interrogaba acerca de su incertidumbre frente a la práctica de “llevar un Diario”. El

* Sólo a título indicativo, el hecho de citar un libro en castellano significa que tiene traducción en nuestra lengua. Únicamente se darán sus referencias completas (editorial, etc.) al final del libro, en la sección “Obras del autor”.

** Roland Barthes par Roland Barthes, p. 153.

*** *Ibid.*, p. 154.

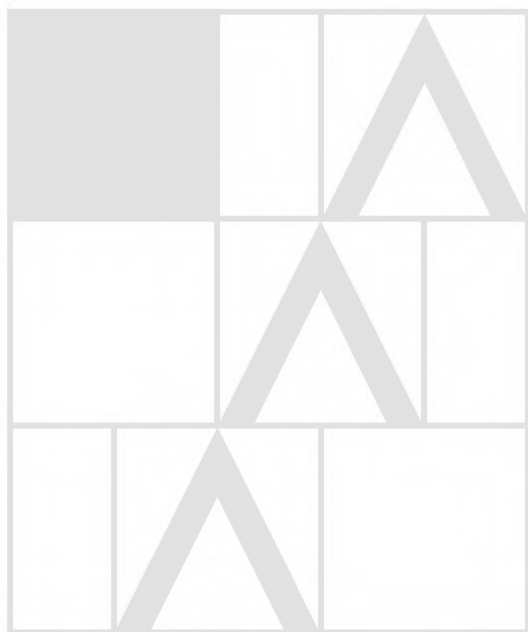
*manuscrito está titulado, paginado e incluso comprende, como se verá, algunas indicaciones para una puesta a punto, lo que marca en buena medida que estaba destinado a la publicación (algún día).** No se trata exactamente de un Diario, sino realmente –como lo indica el título– del único relato de aquello que, en la cotidianeidad de Roland Barthes, constituía en efecto una especie de serie aparte: la velada, siempre pasada fuera de su casa, con su extensión el fin de semana. Estas páginas no deben dejar de ser leídas a la luz de *Délibération*: “La justificación de un Diario íntimo (como obra) sólo podría ser literaria, en el sentido absoluto, aunque nostálgico, de la palabra”**. Para luego expresar Barthes cuatro ‘motivos’; poético: “ofrecer un texto coloreado de una individualidad de escritura, de un “estilo” (se habría dicho antaño), de un idiolecto propio del autor”; histórico: “diseminar en polvo, día a día, las huellas de una época, todas las magnitudes mezcladas”; utópico: “constituir al autor en objeto de deseo: me puede gustar conocer la intimidad de un escritor que me interesa, la acuñación cotidiana de su tiempo, de sus gustos, de sus humores, de sus escrúpulos”; amoroso: *constituir, como idólatra de la Frase, un “taller... no de ‘bellas’ frases, sino de frases justas; afinar incesantemente la exactitud de la enunciación... según un arrebató... que se parece mucho a la pasión”. Después de eso, ¿habría que hacer como que se ignora lo que se sabe muy bien, la falta de generosidad, en todos los sentidos de la palabra, con la que algunos van a apropiarse de lo que se dice aquí, ocasionalmente, como duda que toca a las formas de la modernidad o como desesperación en el deseo? Roland Barthes no era de aquellos que retroceden ante el riesgo de una enunciación a partir del momento en que su*

* El hecho de que se trata aquí de un ejercicio o de un primer fragmento es atestado por una nota que sigue al texto: “Se detienen aquí (22 sept. 79) las Vanas Veladas. 1) Para no perder tiempo y liquidar lo más rápido posible la preparación de los Cursos. 2) Para verificar mis notas, y en adelante escribir todo en las fichas”.

** *Le bruissement de la langue*, p. 400.

escritura le parecía fundada, a partir del momento en que le parecía fundada en escritura: cosa en la cual estas páginas son ejemplares también en lo ético.

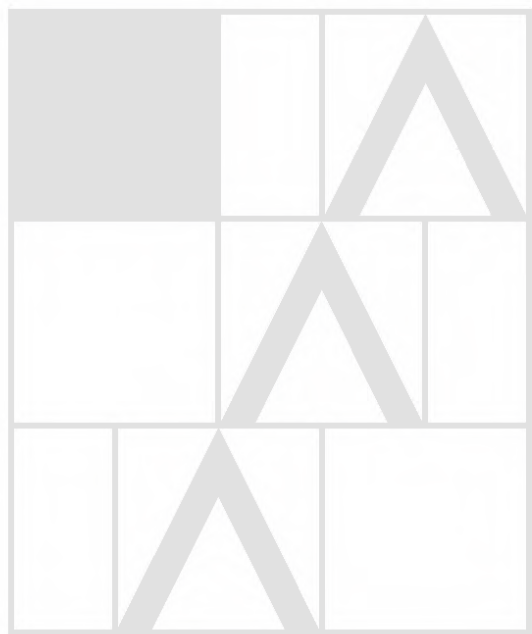
Francois Wahl



la marca
e d i t o r a



la marca
editora



la marca
editora

Hoy, 17 de julio, hace un tiempo espléndido. Sentado en el banco, guiñando el ojo, jugando, como hacen los niños, veo una margarita del jardín, con todas las proporciones confundidas, que se aplana sobre la pradera de enfrente, del otro lado de la ruta.

Esta ruta se conduce como un río apacible; recorrida de tanto en tanto por un ciclomotor o un tractor (ahora son esos los verdaderos ruidos del campo, finalmente no menos poéticos que el canto de los pájaros; como son escasos, hacen resaltar el silencio de la naturaleza y le imprimen la marca discreta de una actividad humana), la ruta va a irrigar todo un barrio lejano del pueblo. Porque ese pueblo, aunque modesto, tiene sus barrios periféricos. El pueblo, en Francia, ¿no es siempre un espacio contradictorio? Restringido, centrado, sin embargo va muy lejos; el mío, muy clásico, no tiene más que una plaza, una iglesia, una panadería, una farmacia y dos almacenes (hoy debería decir dos autoservicios); pero también tiene, suerte de capricho que frustra las leyes aparentes de la geografía humana, dos peluqueros y dos médicos. ¿Francia, país de la medida? Digamos más bien, y esto en todas las etapas de la vida nacional: país de las proporciones complejas.

De la misma manera, mi Sudoeste es extensible, como esas imágenes que cambian de sentido según el nivel de percepción donde decido captarlas. Así, subjetivamente, conozco tres Sudoestes.

El primero, muy vasto (un cuarto de Francia), es un sentimiento tenaz de solidaridad que, instintivamente, me lo designa (porque lejos estoy de haberlo visitado en su totalidad): toda noticia que me viene de ese espacio me atañe de una manera personal. Pensando en esto, me parece que la unidad de ese gran Sudoeste es para mí la lengua: no el dialecto (porque no conozco ninguna lengua de oc); sino el acento, porque sin duda, el acento del Sudoeste formó los modelos de entonación que marcaron mi primera infancia. Ese acento gascón (en el sentido amplio) se distingue para mí del otro acento meridional, el del Mediodía mediterráneo; éste, en la Francia de hoy, tiene algo triunfal: todo un folclore cinematográfico (Raimu, Fernandel), publicitario (aceites, limones) y turístico lo sostiene; el acento del Sudoeste (tal vez más pesado, menos melodioso) no tiene esas cartas de modernidad; para distinguirse no tiene más que las entrevistas de los rugbiers. Yo mismo no tengo acento; sin embargo, de mi infancia me queda un 'meridionalismo': digo 'socialismo', y no 'socialismo' (¿quién sabe, acaso se trate de dos socialismos?).

Mi segundo Sudoeste no es un país; es solamente una línea, un trayecto vivido. Viniendo de París en auto (hice mil veces ese viaje), cuando paso Angulema, una señal me advierte que traspuse el umbral de la casa y que entro en el país de mi infancia; un bosquecillo de pinos sobre el costado, una palmera en el patio de una casa, cierta altura de las nubes que da al terreno la movilidad de un rostro. Comienza entonces la gran luz del Sudoeste, noble y sutil al mismo tiempo; nunca gris, nunca baja (aunque el sol no reluzca), es una luz-espacio, definida no tanto por los colores con que afecta a las cosas (como ocurre en el otro Mediodía) como por la calidad eminentemente *habitable* que da a la tierra. No encuentro otro medio que decir: es una luz luminosa. Hay que verla a esa luz (casi diría: oírla, a tal punto es musical) en el otoño, que es la estación soberana de este país; líquida, radiante, desgarradora porque es

la última bella luz del año, iluminando cada cosa en su diferencia (el Sudoeste es el país de los microclimas), preserva a este país de toda vulgaridad, de toda cuestión gregaria, lo vuelve inepto para el turismo fácil y revela su aristocracia profunda (no es una cuestión de clase sino de carácter). Al decir esto de una manera tan elogiosa, sin duda un escrúpulo me sobreviene: ¿nunca hay momentos ingratos en este tiempo del Sudoeste? Claro que sí, pero para mí no son los momentos de lluvia o de tormenta (sin embargo frecuentes); ni siquiera son los momentos en que el cielo está gris; aquí, los accidentes de la luz, me parece, no engendran ningún *spleen*; no afectan el ‘alma’ sino solamente el cuerpo, a veces embadurnado de humedad, emborrachado de clorofila, o lánguido, extenuado por el viento de España que hace a los Pirineos muy cercanos y violetas: sentimiento ambiguo, cuya fatiga finalmente tiene algo de delicioso, como sucede cada vez que es mi cuerpo (y no mi mirada) el que está perturbado.

Mi tercer Sudoeste es todavía más reducido: es la ciudad donde pasé mi infancia, y luego mis vacaciones de adolescente (Bayona), es el pueblo donde vuelvo cada año, es el trayecto que empalma una y otro y que recorrí tantas veces, para ir a comprar a la ciudad cigarros o papelería, o a la estación a buscar a un amigo. Puedo elegir entre varias rutas; una, más larga, pasa por el interior de las tierras, atraviesa un paisaje mestizado de Bearne y de País Vasco; otra, deliciosa ruta de campaña, sigue la cresta de las colinas que dominan el Adur; del otro lado del río veo un banco continuo de árboles, oscuros en la lejanía: son los pinos de las Landas; una tercera ruta, muy reciente (data de este año), corre a lo largo del Adur, sobre su orilla izquierda: no tiene ningún interés, salvo la rapidez del trayecto, y en ocasiones una vista del río, muy amplio, muy suave, picado por las pequeñas velas blancas de un club náutico. Pero la ruta que prefiero y que a menudo me complace tomar es la que sigue la orilla derecha del Adur; es un antiguo camino

de sirga, jalonado de granjas y de bellas casas. Me gusta sin lugar a dudas por su naturalidad, esa dosis de nobleza y de familiaridad que es propia del Sudoeste; podría decirse que, contrariamente a su rival de la otra orilla, es también una verdadera *ruta*, no un camino funcional de comunicación, sino algo así como una *experiencia* compleja, donde toman sitio al mismo tiempo un espectáculo continuo (el Adur es un muy bello río, desconocido) y el recuerdo de una práctica ancestral, la de la caminata, de la penetración lenta y como acompañada del paisaje, que a partir de entonces adquiere otras proporciones; llegamos aquí a lo que se dijo al comienzo, y que es en el fondo el poder que tiene este país de frustrar la inmovilidad congelada de las tarjetas postales: no busquen fotografiar demasiado; para juzgar, para amar, hay que venir y quedarse, de manera de poder recorrer toda la iridiscencia de los lugares, de las estaciones, de los tiempos, de las luces.

Me dirán: usted no habla más que del tiempo que hace, de impresiones vagamente estéticas, en todo caso meramente subjetivas. ¿Pero los hombres, las relaciones, las industrias, los comercios, los problemas? Aunque sea un simple residente, ¿no ve usted nada de todo esto? – Yo entro en esas regiones de la realidad a mi manera, es decir, con mi cuerpo; y mi cuerpo es mi infancia, tal como la historia la hizo. Esa historia me dio una juventud provincial, meridional, burguesa. Para mí, esos tres componentes son indistintos; la burguesía es para mí la provincia, y la provincia es Bayona; la campiña (de mi infancia) es siempre las tierras interiores de Bayona, red de excursiones, de visitas y de relatos. Así, a la edad en que se forma la memoria, de las ‘grandes realidades’ sólo tomé la *sensación* que me proporcionaban: olores, fatigas, sonidos de voces, carreras, luces, todo aquello de lo cual lo real es de alguna manera irresponsable y no tiene otro sentido que formar más tarde el recuerdo del tiempo perdido (muy distinta fue mi infancia parisina: llena de dificultades materiales, tuvo, si se puede